6941

# El Matrimonio Secreto

4

# EL MATRIMONIO SECRETO.

LIBRERIA DE CUESTA
CARRETAS 3 MADRID

Escrita sobre *Le Mari de la Veuve,* de Dumas.

# EL MATRIMONIO SECRETO,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO,

POR

**D. ANTONIO HURTADO.**

Representada por primera vez en el Teatro Español el 9 de Noviembre de 1869.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1869.

| PERSONAJES. | ACTORES. |
|---|---|
| ADELA | Sra. D.ª Salvadora Cairon. |
| SOFÍA | Srta. D.ª Clotilde Lombia. |
| MARTA | Srta. D.ª Pia Navarro. |
| ROMAN | Sr. D. Manuel Catalina. |
| LEON | Sr. D. Juan Catalina. |

La escena pasa en una quinta á inmediaciones de Madrid.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes haya celebrados ó celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de las Galerias Dramáticas y Liricas de los *Sres. Gullon é Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

# ACTO ÚNICO.

Gabinete de confianza adornado con gusto. En primer término, á la izquierda, una puerta que comunica con el tocador de Adela: á la derecha, otra que comunica con la habitacion de Sofía.—En segundo término, á la derecha, una chimenea con fuego.—En el fondo se descubre una galería de cristales, cuyos ángulos, á derecha é izquierda, son puertas que comunican con la parte exterior y el jardin de la quinta.—Ventanas ó balcones donde se juzguen convenientes que dan al jardin.—Un velador con libros de salon en el centro del gabinete, un álbum abierto, tintero, etc.—Moviliario elegante.—Poco despues de abrirse la escena sale Adela impaciente, con un peinador en una mano y en la otra una carta. Al ver que no hay nadie, tira el peinador y suena la campanilla á la vez que grita siempre impaciente.

## ESCENA PRIMERA.

ADELA.

ADELA. (Con impaciencia.)
Jesus! (Llamando.) Marta!
MARTA. (Dentro.) Voy, señora.
ADELA. ¿Oyes que llamo?

SOFIA. (Dentro.) Allá va,
perdona que la detenga
un momento nada más.
MARTA. (Dentro.) Falta un rizo solamente.
SOFIA. (Dentro.) Uno sólo.
ADELA. Bien está.—
(Ap. impaciente.) ¡Qué cócora es una polla
con pretension de agradar!—
Y yo sin estar vestida,
cuando espero á mi Roman.
(Alegremente.) Roman del alma!... Dios mio!
¿Es esto un sueño?—No tal.—
Esta es su carta, su letra,
me dice que hoy llegará.—
¡Despues de un año de ausencia
emigrado en Portugal!
—Uf! ¡qué infierno de política!—
¿Quién le metió á conspirar,
no importándole un comino
que nos mande Pedro ó Juan?
—Que un hombre pobre y con suegra,
y sin destino ademas,
se meta en tales embrollos
por lo que pueda pescar,
es cosa que se comprende,
y la encuentro natural,
que estando desesperado
todo se puede arrostrar.
Mas que un marido reciente,
apasionado y galan,
de amor esclavo espontáneo,
voluntario del hogar,
sacrifique ciegamente
su amor, su dicha real,
por ese fantasma vano
que se llama libertad,
digo que es un desatino
que no me acierto á explicar,
porque un casado ni es libre,
ni puede serlo jamás.—
Un año de ausencia.—¡Cielos!...
(Pensativa.) Qué habrá hecho por allá?

¡Y yo entre tanto aquí! .. ¡Vamos!
(Sacudiendo un mal pensamiento.)
¡Si no lo quiero pensar!...
Pero Marta!... (Llamando impaciente.)

## ESCENA II.

ADELA, MARTA.

MARTA. He concluido.
ADELA. Gracias á Dios!... Ven acá,
y escúchame atenta.
MARTA. Escucho.
ADELA. Dentro de poco, un galan
apuesto, guapo, buen mozo,
vendrá por mí á preguntar.
MARTA. Guapo y buen mozo?
ADELA. Muy guapo;
estatura regular,
ojos negros, pelo negro,
treinta y seis años de edad,
muy elegante, muy suelto...
MARTA. En fin, un hombre cabal.
ADELA. Eso es.
ADELA. Con tales señas
no se me despintará,
siga usted.
ADELA. Así que llegue...
MARTA. Ya sé, como á los demas,
que buscando mil pretextos
solicitan su amistad,
lo despido.
ADELA. (Vivamente.) No, al contrario.
MARTA. No le despido?
ADELA. No tal.
MARTA. ¿Entónces aviso á usted?
ADELA. No, señor, le haces pasar.
MARTA. Al salon?
ADELA. (Impaciente.) Qué!... no, á mi cuarto.
MARTA. Sin anunciarle?
ADELA. Sin más.
MARTA. ¿Y si usted se está vistiendo?

ADELA. No importa.

MARTA. (Asombrada y maliciosa.)
No importa?... Ah!... ¡ya!
(Con intencion.)
Hace usted bien! jóven, bella,
viuda, y en libertad
de hacer lo que guste...

ADELA. (Con ingenuidad.) Claro!

MARTA. (Con aplomo.)
No tiene usted más que hablar;
seré prudente.

ADELA. (Extrañándose.) ¿Prudente?

MARTA. Por mí nada se sabrá.

ADELA. De qué? (Con impaciencia.)

MARTA. ¡Bonita soy yo!
De esa cita singular...

ADELA. (Con asombro.)
¿Qué está diciendo esta chica?
(Con calor.) Se ha visto malicia igual?
¿Piensas que aguardo á un amante
en ese jóven?...

MARTA. (Confusa y balbuciente.) No... mas...
¡Cómo en su cuarto de usted
no entra nadie!...

ADELA. (Indignada.) ¡Claro está!
Mas donde nadie penetra
bien puede un marido entrar.

MARTA. (Aturdida.)
Un marido!... ¡usted casada!
Perdone usted!...

ADELA. Basta ya.

MARTA. No sabia...

ADELA. (Con disgusto.) Por tu culpa,
por tu genio suspicaz,
he quebrantado un secreto
que me importaba guardar.

MARTA. (Vivamente.)
No tema usted, seré muda.

ADELA. Aprende á serlo, en verdad;
pues si por tí se trasluce,
te planto en la calle ¿estás?

MARTA. Descuide usted.

ADELA. (Escuchando.) Álguien llega.
LEON. (Dentro ) ¡Qué dia más infernal!
MARTA. El señorito Leon.
ADELA. (Saliendo vivamente.)
Que espere y venme á arreglar.
(Entra en su cuarto.)

## ESCENA III.

MARTA, recogiendo el peinador, y LEON.

LEON. ¿Se puede entrar?
MARTA. Ya lo creo,
entre usted.
LEON. (Dejando el sombrero.) Felices!
MARTA. (Con gravedad.) Hola!
LEON. Calla!... ¿estás sola?
MARTA. (Doblando el peinador.) Estoy sola,
ya lo ve usted.
LEON. Ya lo veo.
Pero pudiera jurar
que hablabas con otra ahora.
MARTA. Es claro; con la señora,
que se ha entrado en el *budoir*.
LEON. (Vivamente.)
Se fué al sentirme venir?
MARTA. Entró á vestirse.
LEON. Pretexto!
Eso es llamarme molesto
sin querérmelo decir.
MARTA. Hágala usted más merced,
que mal querrá un entredicho
quien me ha dicho...
LEON. ¿Qué te ha dicho?
MARTA. Que aquí la aguardase usted.
LEON. (Cambiando de tono.)
Ah! ¿que espere?
MARTA. Sí, señor.
LEON. (Dándole un abrazo )
Bien, muy bien.
MARTA. (Retirándose.) ¿Qué hace usted?
LEON. Nada.

¿va á peinarse?

MARTA. Está peinada.

LEON. (Adelantándose á ella.)
Y es este su peinador?

MARTA. (Recelosa.) Sí, señor.

LEON. (Con calorosa movilidad.) ¡Lienzo divino!
(Oliéndole.)
Tiene de su aroma el sello!
—Y esto ha tocado en su cuello
y en su pecho alabastrino!
Y sus rizos de azabache
habrán descansado aquí!
¡sus rizos, que arman en mí
otro motin de Esquilache!
(Besa la mano á Marta.)

MARTA. Suelte usted.

LEON. Deja que ufano
imprima en el...

MARTA. (Pugnando por soltarse.) Sí señor,
bese usted el peinador,
pero deje usted mi mano.

LEON. (Besándola.)
No, si es igual!

MARTA. ¿Cómo igual?

LEON. Claro! la mano... la holanda!...
una fina!... la otra blanda
y tersa como el cristal!

MARTA. (Soltándose.)
Eh! suelte usted...—¿qué diria
si ahora aquí se apareciera,
(Señala el cuarto de Sofía.)
la que allá dentro le espera
y ciega en su amor confia?

LEON. Sofía?... Calla por Dios!
no se armaria mal pisto!

MARTA. Pero señor, por lo visto,
á usted le gustan las dos!

LEON. Dí que las tres.

MARTA! (Con extrañeza.) ¿Cómo?

LEON. Sí;
tu señora, tú, Sofía...

MARTA. Pero, señor...

LEON. Hija mia,
¿qué quieres?—Yo soy así.
MARTA. ¡Jesus, qué poca aprension!
tres mujeres!
LEON. ¿Y qué es eso?
Sobre este punto, confieso
que tengo un gran corazon.
MARTA. Sí, se conoce.
LEON. ¡Ya ves!
MARTA. Como es usted tan sensible...
LEON. Oh! mucho! á serme posible
me casara con las tres.
MARTA. (Retrocediendo espantada.)
Con las tres ¡qué atrocidad!
Es usted el enemigo!
LEON. No, Marta, no; te lo digo
con mucha formalidad.
Mas pues no permite Dios
que alcance tanta fortuna...
MARTA. (Riendo.) De las tres suprime una
para elegir entre dos,
¿no es esto?
LEON. (Pensativo y con vaguedad.) Cierto; y á ratos,
cuando en ello á pensar doy,
te juro, Marta, que estoy
como perro entre dos platos.
Porque Sofía es tan bella!...
y Adela tan... ¡qué mujer!
¿Á quién le ocurre tener
una tia como ella?...
¡Llamarla como Sofía,
«querida tia»—¡jamás!—
yo quiero ser algo más
que el sobrino de esa tia.
MARTA. Pues qué más quiere usted ser?
¿su amante?
LEON. (Vivamente ) No, poco á poco.—
Su marido.
MARTA. (Sorprendida.) ¿Está usted loco?
¡Apenas si es pretender!
Imposible!
LEON. ¿Cómo no?

¿No es bella y jóven?

MARTA. Sin duda.

LEON. No está libre? No es viuda?
¿No es tan rica como yo?
No soy hombre, no es mujer?
No la idolatro hasta el hueso?

MARTA. Pues bien, con todo y con eso
digo que no puede ser!
(Adela dentro.) Marta!

MARTA. (Ap.) ¿Qué iba yo á decir?

LEON. Oh!... la voz de tu señora!

MARTA. Claro, me llama, y ahora
por usted me va á reñir.
¡Haberme aquí detenido!
Ahora no sé que disculpa!...

LEON. Di que yo tengo la culpa,
di que yo te he entretenido.
Que te he hablado de mi amor,
que aspiro á que el santo lazo...

MARTA. Bien, ya sé... (Queriendo salir.)

LEON. (Abrazándola.) Venga otro abrazo!

MARTA (Pugnando.) Déjeme usted por favor!...

LEON. Otro abrazo!...

MARTA. (Desasiéndose.) Ya me irrita!
que sobon!... me tiene harta!...

LEON. Dila...

MARTA. Abur!

LEON. (Parodiando el canto de la Ópera.)
Ay Marta! Marta!...
(Viéndola entrar.) ¡Es que Marta es muy bonita!

## ESCENA IV.

LEON solo y con cierta vaguedad.

¡Tiene un mirar de gacela
y una cara, que ni el cielo!
¿Pues y el pelo? !Vaya un pelo!
El mismo pelo que Adela.
Negro!... la sienta muy bien!
puro carbon del Vesubio! (Pausa.)
¡El caso es que el pelo rubio

me gusta mucho tambien!...
¡En un rostro celestial
imprime tanta poesía!...
Á él debe acaso Sofía
todo su encanto ideal.
Vaya unos rizos! ¡Si son
como plumeros de trigo!
(Variando de tono y pensativo.)
Leon, ¿sabes lo que digo?
Sabes que digo, Leon...
Pues te digo que al pensar
de este modo en dos mujeres,
ó un solemne bribon eres
ó eres un loco de atar.
Con tanta vacilacion,
tu situacion se hace grave,
conque es preciso que acabe
este dualismo, Leon.
¡El tiempo rápido vuela;
seis meses, dia tras dia,
y aun nada has dicho á Sofía,
y ménos has dicho á Adela!
Vamos á ver! Hay razon
para obrar así?—Ninguna;—
¡poner los ojos en una
y en otra tu corazon!
Confiesa que es villanía,
ó tal vez cobarde intento,
esto de infundir aliento
al cariño de Sofía.
¿Esto de oscuro no pasa?
digo que no es regular,
lo decente es declarar
por quién vienes á esta casa.—
Y pues Adela está ahí,
(Registrando maquinalmente un álbum.)
y es la que más te interesa,
y hay un álbum en su mesa,
y hay tintero y pluma aquí,
Á un lado instintos perversos,
y resuelve la cuestion. (Pausa.)
(Resuelto.) Pues señor, tengo razon,

voy á escribirla unos versos.

(Se sienta, medita un poco, y sale Sofía de su cuarto.)

## ESCENA V.

LEON, SOFÍA, que ha entrado en escena poco á poco.

SOFIA. (Ap. alegremente.) Él!

LEON. (Escribiendo.) «No me niegues avara
la luz de tus negros ojos.»

SOFIA. (Ap.) ¿Qué hace? ¿Escribe?

LEON. (Murmurando en busca de consonantes.)
Ojos!... ¡enojos!...

SOFIA. (Con alegría infantil.)
¿Versos? «Hoy se me declara!»

LEON. (Escribiendo.) «Tus negros cabellos son
cadena de mi albedrío.»

SOFIA. (Con asombro.)
¿Cabellos negros?... ¡Dios mio!...
(En alta voz y célosa.)
Hola!—¿qué hace usted, Leon?

LEON. (Tirando la pluma y levantándose.)
Oh! ¡Sofía!... usted aquí!...
perdone usted, no sabia...

SOFIA. Pintaba usted?

LEON. No, escribia
unos versos.

SOFIA. (Con malicia.) Versos!...

LEON. Sí...

SOFIA. ¿Usted poeta?

LEON. Quiá, no!...
¡Es que me dió esa manía!...
(Riendo.) Yo poeta!... ¡Si hoy, Sofía,
lo es cualquiera como yo!...

SOFIA. ¿Me los deja usted leer?...

LEON. Pues no?... vaya!... ya lo creo!...

SOFIA. (Coge el álbum y lee el epígrafe.)
«Á TÍ.» (Se queda mirando atentamente á Leon.)

LEON. Pues.

SOFIA. (Con intencion.) Por lo que veo,
¿son versos á una mujer?

LEON. (Con intencion y volubilidad.)
Eso! *Á tí.* Suprimo el *vos*
por razon de la armonía;
ya sabe usted que en poesía
se tutea al mismo Dios.

SOFIA. (Con rubor.) No debiera suceder;
mas si es permitido, sea.

LEON. Bien puede el que á Dios tutea
tutear á una mujer.
No es verdad?

SOFIA. Mucho que sí,
ya ve usted que nada digo.

LEON. Prosiga usted.

SOFIA. Ya prosigo:
dice el epígrafe «*Á tí*»
(Lee.) «Ay! no me niegues avara
(Recalcando la palabra «negros.»)
»la luz de tus *negros* ojos,
»que es matarme con enojos
»negarme su lumbre clara.
»Tus *negros* cabellos son
»cadenas de mi albedrío...»
(Cierra el álbum disgustada.)
Me parece, señor mio,
que ha andado usted con carbon.

LEON. (Sorprendido y reparándose las manos.)
Yo con carbon? pues me alegro!
me habrán hecho la merced
de tiznarme?...

SOFIA. (Con intencion y enojada.)
No, es que á usted
le gusta todo lo *negro.*

LEON. Cómo lo negro?

SOFIA. Pues no?...

LEON. (Adivinando.)
Ah!... ya sé. (Ap.) ¡Torpe de mí!
¡Culpa de la rima!

SOFIA. (Dejando el álbum en la mesa.)
Sí,
lo mismo presumo yo.

LEON. Soy lo más torpe!... jamás
puedo hallar un consonante.

¿No lee usted más?

SOFIA. (Con enojo volviéndole la espalda.)
Es bastante,
no necesito leer más.

LEON. (Ap.) Se vino encima el diluvio!
Y es justo! yo no reparo...
cabellos negros!... ¡Es claro!
¡Esta tiene el pelo rubio!
(Alto.) Me deja usted?

SOFIA. Sí señor,
no quiero estorbar!

LEON. (Con cariñosa reconvencion.)
Sofía!

SOFIA. Acabe usted su poesía,
que á solas saldrá mejor.
Adios.

LEON. ¡Si no escribo más!

SOFIA. De veras? Pues no me alegro,
que la dama de lo negro
perderá mucho. (Se dirige á la puerta del fondo.)

## ESCENA VI.

DICHOS, ADELA.

ADELA. ¿Te vas?

SOFIA. Me vuelvo á mi habitacion.

ADELA. Espérate.

SOFIA. (Deteniéndose.) Quieres algo?

ADELA. Vamos á salir.

SOFIA. (Con mal humor.) No salgo,
que te acampañe Leon.

ADELA. Eh? (Sorprendida.)

LEON. (Vivamente.) Disponga usted de mí.

ADELA. (Ap. á Leon.) Qué pasa aquí?

LEON. (Encogiéndose de hombros.) ¡Qué sé yo!

ADELA. (Acercándose á Sofía en voz baja.)
Estás indispuesta?

SOFIA. (Con enojo infantil.) No.

ADELA. ¿Pero enojada?...

SOFIA. Eso sí.

ADELA. ¿No me dirás la razon?

SOFIA. No hace falta.
ADELA. No?
SOFIA. No á fe.
ADELA. Está bien, yo lo sabré
ya que me llevo á Leon.
(Dirigiéndose á Leon.)
¿Vamos, pues?
LEON. Donde usted quiera,
indique usted su deseo.
ADELA. Vamos á dar un paseo
muy corto, á la carretera.
¡No ha de tardar en venir!
LEON. Quién?
ADELA. Un hombre á quien espero.
LEON. (Desconcertado.)
Ah, ya!... un hombre! ¿un caballero
á quien sale á recibir?
ADELA. Exactamente.
LEON. (Ap.) Qué escucho!
ADELA. Ya ve usted! jornada corta!...
LEON. Pues tanto el verle la importa?
ADELA. ¿Si me importa verle? Oh, mucho!
LEON. (Ap.) Canario!... ¿quién podrá ser?
ADELA. Conque vamos? (Pasando al lado de Sofía.)
LEON. (Tomando el sombrero y acercándose á una ventana.)
En buen hora!
(Deteniéndose.) Pero mire usted, señora,
que va á empezar á llover.
ADELA. ¿Qué me quiere usted decir?
LEON. ¡Que juzgo que es desatino
el salir!
ADELA. (Mirando á Sofía.) Ah! sí, adivino:
usted no quiere venir.
LEON. (Vivamente.) Oh! por Dios! tal presuncion
me ofende por vida mia!
¡Yendo con usted, iria
de cabeza hasta el Japon!...
ADELA. No iremos tan léjos. (Sonriendo.)
SOFIA. (Sin poderse contener ap. á Adela.)
Ves?
¡decir eso en mi presencia!...
ADELA. Eh! yo haré que en penitencia

se postre luégo á tus piés.
¿habreis reñido?

SOFIA. (Con enojo.) No; pero...

ADELA. No mientas! ¡Si eso se ve!

SOFIA. Es que...

ADELA. Yo te lo traeré
más humilde que un cordero.

LEON. (Ap.) Ahora aprovecho este rato
y la pinto mi pasion.

ADELA. (Besando á Sofía y deteniéndose ántes de salir.)
Ay! un momento, Leon;
¿recogió usted mi retrato?

LEON. (Sacándolo.)
Oh!... sí!... ¿ve usted? soy un tonto!...
me olvidaba... ¡está divino!...

ADELA. (Tomándolo y guardándolo.)
Gracias!... vamos al camino,
que quiero llegar muy pronto.

LEON. Vamos! (Ap.) ¿Quién será ese astur
que así turba mi sosiego?...
El brazo? (Ofreciéndoselo.)

ADELA. (Tomándolo ) Venga. (Á Sofía ) Hasta luego.

LEON. (Saludando á Sofía.)
Á los piés de usted!

SOFIA. (De mal humor sin mirarle.) Abur.

## ESCENA VII.

SOFÍA dando rienda á su mal humor.

Pues! ¡siempre así!... siempre así!...
Vamos!... ¡si no lo concibo!
¡Siempre con ella espansivo!
¡Siempre esquivo para mí!—
Es esto amor?—¿Qué ha de ser?
y si es amor, no lo entiendo:
sus versos están diciendo
que piensa en otra mujer.
¿Y qué duda cabe aun
cuando celebra con ellos,
¡qué mal gusto! unos cabellos
tan negros como el betun?—

¿Es esto pensar en mí,
que tengo el cabello de oro?
(Indignada arranca hojas del álbum y las hace pedazos arrojándolos á la chimenea.)
Versos que hollais mi decoro,
salid al punto de aquí.
Ya que matais mi ilusion,
justo es volveros cenizas.—
(En el colmo de la ira.)
¡Así pudiera hacer trizas
del mismo modo á Leon!

## ESCENA VIII.

SOFÍA, MARTA, viendo su desesperacion.

MARTA. Oh!... ¿qué hace usted, señorita?
SOFIA. (Arrancando otra hoja.)
Nada.
MARTA. (Queriendo impedirlo.)
¿Qué está usted rompiendo?
¡Hojas de un álbum!
SOFIA. Es mio,
y puedo hacer lo que quiero.
MARTA. Pero...
SOFIA. (Impaciente.) Déjame.
MARTA. (Asombrada.) ¿Qué causa
motiva tal rompimiento?...
SOFIA. Qué causa? ¿piensas que es poco
(Medio llorosa de ira.)
haber hallado unos versos
en que enzalza el señorito
de otra mujer los cabellos?
MARTA. De otra mujer?
SOFIA. Sí, señora.
¡mujer de cabellos negros!
¿Ves que mal gusto? (Con desden.)
MARTA. (Con extrañeza.) ¿Mal gusto?...
Señorita... lo que es eso!...
mi pelo es negro, y...
SOFIA. (Con ira.) No importa.
¡Es de mal gusto ese pelo!

MARTA. Pues á su tia de usted
le está muy bien.
SOFIA. (Dándose una palmada en la frente.)
Oh!...
MARTA. (Asombrada.) ¿Qué es ello?
SOFIA. (Pensando rápidamente.)
Adela!... (Repasando el libro.)
El álbum de Adela!...
(Á Marta.) Tú me das luz!... ya lo entiendo!
MARTA. Pero señorita!...
SOFIA. (Llorando.) Infames!...
Ama Adela!... bien lo veo;
se comprenden... ¡está claro!...
¡sin duda se hallan de acuerdo!
MARTA. Oh!... calle usted!...
SOFIA. Sí, no hay duda,
por eso, con mil pretextos,
se buscan á cada instante,
salen solos á paseo,
tocan juntos el piano,
cuchichean en secreto...
MARTA. Vamos!... por Dios, señorita,
no hable usted así; los celos
la hacen á usted ver fantasmas
en la punta de los dedos.
SOFIA. Querrán casarse!...
MARTA. (Vivamente.) ¡Casarse!...
Pero qué está usted diciendo?
¡Si es imposible!...
SOFIA. (Con viva curiosidad.) ¿Imposible?
(Ap.) ¡Tiene razon!... ¿Sabrá?...
MARTA. (Ap. conteniéndose.) ¡Cielos!
¡Ya iba á decirlo!
SOFIA. (Impaciente.) Prosigue...
MARTA. No digo más; lo que es cierto,
es que no pueden casarse;
yo lo aseguro, y *laus deo.*
Pero Jesus! (Mirando fuera.)
SOFIA. Qué?
MARTA. (Corriendo á una ventana del jardin.)
El diluvio!
¡Van á calarse!...

SOFIA. (Riendo y llorando.) Me alegro!...
MARTA. Mire usted por dónde vienen!
SOFIA. (Acudiendo alegre.)
Vuelven?
MARTA. Sí, vuelven corriendo.
Asómese usted!
SOFIA. (Riendo.) Dios mio!
cómo vienen!
MARTA. Vienen buenos!
SOFIA. Ella viene hecha una sopa!... (Riendo.)
MARTA. Y él calado hasta los huesos!
SOFIA. Oh! me voy para no hablarlos!...
(Se va á su habitacion.)
MARTA. (Ap.) Lo que son amor y celos!
¡Allá va la pobre niña
medio llorando y riendo!
ADELA. (Fuera.) Marta!
MARTA. (Saliendo á su encuentro.)
Aquí estoy, señorita.
ADELA. (Entrando y dirigiéndose á su cuarto.)
Entra á mudarme.
MARTA. (Siguiéndola y recogiendo el sombrero.)
Al momento.

## ESCENA XI.

LEON sacudiéndose el sombrero y la levita.

¡Magnífico chaparron!
¡me ha puesto nuevo el maldito!—
(Contemplándose.)
—¿Eh? ¿qué tal?—¡vienes bonito!—
¡vienes bonito, Leon!...
(Dando vueltas al sombrero.)
¡Qué *chapeaú!* ¡Las alas rotas!...
¡Otro al canto! ¿quién lo evita?—
Pues digo que la levita!...
¿y qué dices de las botas!—
(Desesperado.) Por vida de Belcebú,
que ha sido un lindo viaje!—
(Sin saber que hacer.)
Y ahora con tal atalaje,

vamos á ver, ¿qué haces tú?—
Te vas á quedar así,
de lodo y agua cubierto?...
(Un momento de pausa.)
¡Quiá! no, señor, no por cierto,
¿no hay fuego encendido aquí?...
Pues me quito este sayal,
(Lo hace.) y en tanto que me caliento,
se declara este aposento
en estado excepcional..—
(Arregla la levita y se sienta tendiendo los piés en la chimenea.)
La cosa provoca á risa;
mas si ella sale... (Se levanta.) ¡qué horror!
(Vuelve á sentarse.)
Qué?—Nada!—la haré el amor,
poco ménos que en camisa.—
Con eso seré el primero,
que así se habrá declarado.

## ESCENA X.

LEON, ROMAN con un saco-baul en una mano y un paraguas debajo del brazo, en traje de camino.

ROMAN. (Deteniéndose al ver la facha de Leon, ap.)
Calla!... estaré equivocado?
LEON. (Volviendo la cabeza y viendo á Roman.)
¿Quién es este caballero?
ROMAN. (Vacilante.) Perdone usted!
LEON. (Sigue enjugándose los piés.) No hay de qué.
ROMAN. (Reparando en la habitacion.)
No sé si deba...
LEON. (Arrimando más la levita.) Adelante.
ROMAN. Doña Adela Gil de Infante
¿no ha vivido aquí?
LEON. (Arreglando la chimenea.) Sí á fe.
ROMAN. ¿Se ha mudado?
LEON. (Sin mirarle.) No, señor.
ROMAN. Luego vive aquí?
LEON. Está claro.
ROMAN. Ah, ya! entónces no reparo,

conozco su tocador.
(Yendo hácia la habitacion de Adela.)
Mil gracias por la merced;
voy á verla.

LEON. (Saltando de la silla.) Eh!... Poco á poco!

ROMAN. (Deteniéndose.) ¿Qué sucede?

LEON. (Deteniéndole junto á la puerta.) ¿Está usted loco?
¿Dónde demonios va usted?

ROMAN. Á entrar.

LEON. (Reparándole.) ¿Con saco y paraguas?

ROMAN. ¿Por qué no?

LEON. ¡Sin avisar!
(Llevándole al extremo opuesto.)
¡Y ahora que debe de estar
poco ménos que en enaguas!

ROMAN. (Dejando los bártulos en una silla.)
Canario!

LEON. ¡Vaya una prisa!...
yo avisaré. (Dirigiéndose al cuarto de Adela.)

ROMAN. (Ap.) Dios sagrado!...
(Le sigue, haciendo igual juego. Deteniéndole.)
—¿Va usted á pasar recado
así, en mangas de camisa?...

LEON. (Conteniéndose.)
Dice usted bien!

ROMAN. (Ap.) Ay qué agüeros!...
Pero diga usted, ¿qué pasa,
que todos en esta casa
van ustedes tan ligeros?

LEON. ¿Ligeros de qué?

ROMAN. De ropa.

LEON. Ah, sí!... nada; hemos salido,
y el chubasco que ha caido
nos puso como una sopa.

ROMAN. Perdone usted que me asombre!
Estando para llover...

LEON. ¿Quién detiene á una mujer
cuando va á esperar á un hombre?

ROMAN. Salió al campo?

LEON. Por supuesto.

ROMAN. Á esperarle?

LEON. Y tambien yo.

ROMAN. Ya! (Adivinando.)
LEON. Fuí con ella, llovió,
y así el agua nos ha puesto.
Y ahora...
ROMAN. (Respirando.) Ya comprendo!
LEON. Pues!
De tal modo hemos venido...
que ella se muda el vestido
y yo me seco los piés.—
Hágame usted el favor
de esperar...
ROMAN. (Sentándose los dos á la chimenea.)
Bien!...
LEON. (Mirándole de reojo, ap., á tiempo que coge las tenazas.) Eso es todo.—
Y este señor no trae lodo!
¿Quién será este buen señor?—
Pondré más leña! (Atizando la chimenea.)
ROMAN. Por mí
no lo haga usted.
LEON. Sí.—¡Un madero!
ROMAN. ¡Y eso que el tal aguacero
me cogió lejos de aquí!—
Pero traigo carretela...
LEON. Ya! ¡si viene en coche!...
ROMAN. Pues.
LEON. (Levantando la cabeza.)
Ah! sí!... vamos, usted es
á quien fué á esperar Adela.—
No es esto?
ROMAN. Justo y cabal.
LEON. (Levantándose y saludando.)
Perdone usted... no sabia...
ROMAN. (Saludándole á su vez y sentándose.)
No hay de qué.
LEON. (Sentándose los dos y tomando una pausa.)
¡Pues en mal dia
ha venido usted!
ROMAN. ¡Fatal!
LEON. ¿Y trae usted mucho que hacer,
ó se vuelve usted al punto?
ROMAN. ¡Pchis! ¡no sé!—Lo que es mi asunto

es fácil de resolver!

LEON. Será cosa de una hora?

ROMAN. No, señor.

LEON. (Ap., contrariado.) Cielos! qué escucho!

ROMAN. De ménos!

LEON. (Vivamente.) Me alegro mucho.

ROMAN. (Con extrañeza.)
¿Se alegra usted?

LEON. Sí.

ROMAN. (Encogiéndose de hombros.) ¡En buen hora!
Y por qué? (Con curiosidad.)

LEON. Sin diplomacia;
le juro á usted por quien soy,
que su visita de hoy
me hace poquísima gracia!...

ROMAN. (Se levanta.)
Hágame usted la merced...

LEON. (Vivamente.)
No se enfade usted conmigo.

ROMAN. Hombre... (Picado.)

LEON. No, ¡si lo que digo (Calmándole.)
no debe ofender á usted!

ROMAN. Me quiere usted explicar?...

LEON. Pues no?

ROMAN. (Con curiosidad.) Ya aplico el oido.
(Se sientan, otra pausa.)

LEON. Es que á otro asunto he venido,
(Con cierto misterio é intencion.)
que hoy me importa despachar.

ROMAN. (Adivinando.)
De amor?

LEON. (Sonriendo con malicia.)
Pues!... ¡No es usted tonto!

ROMAN. (Ap.) Diablo!

LEON. (Con intencion.) Y si usted la entretiene...

ROMAN. Comprendo, á usted le conviene
que yo me marche muy pronto!

LEON. ¡Eso se llama entender!

ROMAN. (Ap.) Oh!... mal contengo mi furia!

LEON. ¡Ya ve usted que no hay injuria
en esto!...

ROMAN. (Violentándose.) No; ¿qué ha de haber?

LEON. Y promete usted?...
ROMAN. (Un poco cargado.) Prometo
volverme á mi carretela,
á poco que con Adela
hable un instante en secreto.
LEON. Cierto? (Levantándose con alegría.)
ROMAN. No hay más que decir!...
(Lo mismo.)
LEON. Pues eso el labio me sella;
(Recoge la levita.)
dejo á usted solo con ella
que no tardará en salir.
ROMAN. Bien.
LEON. (Suelta la levita.) Deme usted un abrazo,
que vale usted más millones...
ROMAN. (Vacilando.)
Hombre!... (Ap., abrazándolo.)
¡me dan tentaciones
de romperle el espinazo!...
Mas la duda me coarta...
y...
LEON. ¡Abrevie usted la visita!... (Va á salir.)
ROMAN. (Llamándole y señalándole á la levita.)
Oiga usted!...
LEON. (Reparando en ella y cogiéndola.)
Ah!... la levita!...
(Saliendo.) Voy á que la estire Marta.

## ESCENA XI.

ROMAN solo, con el asombro natural.

Pues llego á buena ocasion!...
Vaya un lance!... Estoy violento!...
Adela!... (Aproximándose á la puerta.)
ADELA. (Dentro.) Voy al momento.
Dispénseme usted, Leon.
ROMAN. (Para sí.) Leon!... voto á Belcebú!—
¿Se llama Leon? (Receloso.) ¡Cautela!
¡Nombre feroz! (Alto.) Soy yo, Adela!
ADELA. (Gritando dentro.)
Ay, mi Roman!

## ESCENA XII.

ROMAN, ADELA.

ADELA. (Saliendo y corriendo á él.) ¿Eres tú?
(Abrazándose.)
ROMAN. Yo que vuelvo á tu regazo,
Roman, que por tí suspira.
ADELA. ¡Si me parece mentira
que te miro y que te abrazo!
ROMAN. Te has acordado de mí?
ADELA. Pues no? mira, prueba al canto.
ROMAN. Tu retrato?
ADELA. Hoy es tu santo!
Lo mandé hacer para tí.—
RONAN. Adela mia!...
ADELA. Mi amor!...
ROMAN. No me canso de mirarte!...
ADELA. Y yo que he estado á esperarte!...
ROMAN. Lo sé; lo he sabido por...
(Queriendo indicar á Leon.)
ADELA. Pero vamos! ¡dió en llover
de un modo tan desatado!...
ROMAN. Sí... ya sé!... me lo ha contado...
(Señalando el punto en que ha estado Leon.)
ADELA. Que me tuve que volver.
¡Y si vieras cómo!...
ROMAN. Sí!...
ADELA. ¡Qué horror!... ¡Un traje perdido!...
¡Ya ves!
BOMAN. Sí, ¡si lo he sabido
por ese que estaba ahí!...
(Señalando á la chimenea.)
ADELA. Por Leon?
ROMAN. (Con naturalidad ) No sé su nombre.
ADELA. Sí, Leon, ¡un guapo chico!... (Con calor.)
ROMAN. Sí, me ha parecido...
ADELA. (Con entusiasmo.) ¡Y rico! ..
ROMAN. Y á qué viene aquí ese hombre?...
ADELA. Amistad y amor sin tasa,
le traen aquí noche y dia,
me aprecia, adora á Sofía

y le dejo entrar en casa.

ROMAN. (Con cierta intencion.)
Sí, ¿eh?—Pues mira, le he hallado
al entrar de tal manera,
que al fin, al verle, cualquiera
se hubiera acaso escamado.

ADELA. Qué quieres decir con eso?...
(Adivinando.) ¿Te habrá asaltado la duda...

ROMAN. (Embarazoso.) Tú pasando por viuda!
yo ausente!... Vamos, confieso...

ADELA. (Riendo.) Confiesas que estás celoso?

ROMAN. (Vivamente.) ¿Celoso? no!... Adela mia;
(Con escama.) pero vamos, sentiria
hacer un momento el oso.

ADELA. (Llamando con una campanilla.)
Á quien no le duelen prendas...

ROMAN. (Deteniéndola.)
Oh, por Dios! ¿Qué vas á hacer?

ADELA. Me ibas, Roman, á ofender, (Con cariño.)
y no quiero que me ofendas.
Éntrate un momento ahí,
(Señala una habitacion.)
que á Leon voy á llamar;
tú nos podrás escuchar
y sabrás cuanto hay aquí.

ROMAN. Pero eso es obrar sin calma!.
(Queriendo impedirlo.)

ADELA. Lo primero es lo primero:
soy tu mujer, y yo quiero
volverte la paz del alma.

ROMAN. Si yo no quiero saber!...

ADELA. Entra, que siento ruido: (Entra Roman.)
satisfacer á un marido
es honrarse la mujer.

## ESCENA XIII.

ADELA, MARTA, que sale de su habitacion.

MARTA. ¿Es usted quien llama?

ADELA. Sí.
Dí á Leon que venga.

MARTA. (Viéndole aparecer.) Toma!...
En nombrando al rey de Roma...
Ahí está!...

ADELA. (Á Marta.) Pues sal de aquí.

## ESCENA XIV.

ADELA, LEON.

LEON. (Entrando.) ¡Ah! vamos, ya está usted sola!
¿se fué aquel hombre? ¡me alegro!...
visita más importuna!
la he librado á usted de un necio.

ADELA. (Asustada.) Qué dice usted?

LEON. ¿No es un tonto
el que viene con tal tiempo
á estorbar?

ADELA. (Alarmada.) ¿Cómo á estorbar?
¿Sabe usted quién es?

LEON. Ni quiero;
me cargó á primera vista,
¡se lo juro á usted!

ADELA. (Ap. con disgusto y viveza.) ¿Qué es esto?
hágame usted el favor
de tratarle con respeto.

LEON. No se enfade usted, ya callo.

ADELA. Tome usted si gusta asiento,
que quiero hablar con usted
unos instantes en serio.

LEON. ¿De veras? Pues yo tambien, (Se sientan.)
pero diga usted primero.

ADELA. Corriente, en pocas palabras
me explicaré.

LEON. Escucho atento.

ADELA. Hace ya más de seis meses
que entra usted en casa.

LEON. Cierto.

ADELA. Solicitó usted la entrada
por Sofía.

LEON. No lo niego.

ADELA. Usted dijo que la amaba
y que era noble su intento.

¿No es verdad?

LEON. Mucha verdad.

ADELA. Pues bien, ¿cómo libre siendo,
amando como usted ama,
y siendo rico y discreto,
deja usted que el tiempo pase
sin dar forma á sus deseos?
Amores que se prolongan
dan á la malicia cebo,
y usted no querrá sin duda
que el mundo tome pretexto
para zaherirnos.

LEON. (Un poco embarazado.) Es claro!

ADELA. Conque... ¡usted tiene talento!
y yo!... digo: ¡me parece
que me explico!

LEON. Sí, ya entiendo.
(Pausa, y se quedan mirando.)
Y ¿acabó usted?

ADELA. Acabé.

LEON. Ya que usted me infunde aliento,
¿me permite usted que aborde
esta cuestion sin rodeos?
(Asoma Roman la cabeza.)

ADELA. Hable usted.

LEON. Pues bien, Adela,
perdóneme usted si empiezo
por decirla lo que pasa
en el fondo de mi pecho.
Sofía me gusta mucho,
sí, señora, lo confieso,
mas despues que he visto á usted
su amor está bajo cero!

ADELA. (Levantándose asustada.)
Jesus!... (Ap.) ¡Qué dice este hombre!...

LEON. (Ap.) Ya la solté. (Levantándose.)

ADELA. (Viendo á Roman que se esconde.) Santos cielos!

LEON. Sí señora, yo la adoro; (Con calor.)
su trato, su amable ingenio,
(Adela se va retirando y Leon siguiéndola, hasta que se ocultan á los ojos de Roman, que en vano quiere oir.)

la belleza de su rostro,
la elegancia de su cuerpo,
ese no se qué que tiene
y que causa mi embeleso;
la atencion que me dispensa
y que acaso no merezco;
nuestras lecturas de noche,
nuestros ratos de concierto,
el dulcísimo abandono
conque á veces...

ROMAN. (Ap. desesperado.) ¡Ya no veo!

LEON. Me trata usted en su casa
y en el campo...

ROMAN. (Ap.) ¡Esto está negro!

LEON. Sus miradas, sus sonrisas,
todo, Adela, todo esto,
ha sido para mi alma
un gratísimo veneno,
que infiltrándose en mi sangre,
hoy de amor me tiene muerto.

ADELA. Oh! calle usted!... (Airada.)

LEON. ¿Por qué ahora
me trata con tal despego?
Si el amor es un delito,
de amor me declaro reo;
míreme usted de rodillas,
impenitente y confeso.

ADELA. Oh!... salga usted!...

LEON. (Levantándose asombrado.) ¡Cómo, Adela!...

ADELA. Sí, salga usted, caballero.

LEON. (Desconcertado.)
Me arroja usted de su casa?

ADELA. ¡De mi presencia!...

LEON. (Resignado y absorto.) ¿Qué he hecho?
¡me trata usted duramente!
pero...

ADELA. No más. (Señalándole la puerta.)

LEON. (Inclinándose vivamente.) Obedezco!
(Ap., saliendo.)
¿Qué demonios la habrá dado?...
volveré... y ¡allá veremos!

## ESCENA XV.

ADELA, y en seguida ROMAN, que se acerca poco á poco.

ADELA. (Ap.) Jesus!... Y yo que no he visto!...
En qué situacion me ha puesto!...
ROMAN. Y bien!... ¿qué dices ahora?...
ADELA. (Vivamente.)
Qué he de decir?... ¡que es un necio!
ROMAN. (Muy marcado.)
Ya ves que no es por Sofía
por quien viene aquí!...
ADELA. Lo veo!
ROMAN. (Con intencion.)
Parece que tú le has dado
más de un motivo!
ADELA. (Vivamente.) No es cierto!
yo te lo juro!
ROMAN. No jures.
ADELA. ¿Dudas de mí?
ROMAN. (Haciendo por sonreir.) ¡Ni por pienso!—
Pero yo sabré...
ADELA. (Deteniéndole, asustada.) ¿Qué intentas?...
ROMAN. Hablarle!
ADELA. (Abrazándole.) Tener un duelo!...
ROMAN. Un duelo?—¡qué tontería! (Separándola.)
ADELA. Roman!... (Con dolorosa desconfianza.)
ROMAN. Es otro mi intento.
ADELA. ¡Si yo le echaré de casa!
¡Si tú verás!...
ROMAN. ¡Buen remedio!
¡Ganarse así un enemigo
que te quitará el pellejo!...
(Mirando al jardin.)
Ves? Al jardin ha bajado!
Déjame hablarle un momento.
Sabrá quién soy!...
ADELA. (Abrazándole para impedirlo.) ¿No lo digo?
no, si tú no buscas eso,
si tú quieres provocarle,
si te conozco!...

ROMAN. (Irritado.) Y yo creo
que no quieres que le busque...
(Conteniéndose.)
—No sé!... ¡ni aun pensarlo quiero!

ADELA. (Vivamente ofendida.)
Ah! no: vete; ¡haz lo que gustes!...

ROMAN. (Mirándola fijamente.)
Volveré pronto: hasta luego.

## ESCENA XVI.

ADELA, desesperada.

Jesus! ¡qué hombres!... ¡qué hombres!
me han metido en un infierno!
El uno tan suspicaz
y el otro tan indiscreto!
y ahora... ¡claro!... cualquier frase
puede acrecentar los celos
de Roman!... Yo he estado ciega
y he dado pie sin saberlo
á que presuma Leon
que es amor lo que es aprecio.
(Yendo á la ventana.)
Si yo pudiera advertirle!...
—Allí está:—¡clavado y tieso
como una estátua!... ¡me mira!...
(Haciéndole seña vivamente.)
Suba usted!... (Asustada.) Otra te pego!
¡Roman por el otro lado!...
¡Ahora sí que va á ser ello!
Los dos aquí se dirigen
y van á llegar á un tiempo!...
(Aturdida.) —¿Dónde me oculto, Dios mio?
¡Dios mio!... ¿Dónde me meto?
(Entra en su habitacion.)

## ESCENA XVII.

LEON, apresurado, por la galería izquierda, ROMAN por la derecha.

LEON. (Deteniéndose en la puerta.)
Calla!... ¿usted aquí?
ROMAN. ¡Pardiez!
LEON. Entre usted.
ROMAN. No, yo le invito...
LEON. Permita usted...
ROMAN. No permito.
LEON. Pues á la vez!...
ROMAN. (Entran juntos.) Á la vez.
(Se quedan mirando.)
¿Qué mira usted?
LEON. ¡Yo creí
que se hubiera usted marchado!
ROMAN. Pues nada!... mejor pensado
resuelvo quedarme aquí.
La tarde está tan ingrata
y hace en el jardin tal frio!...
(Abre el saco de noche y saca una bata.)
Permita usted, señor mio,
voy á encajarme esta bata.
LEON. (Asombrado.) Cómo!
ROMAN. El frio me precisa.
LEON. Desnudarse aquí? (Queriendo impedirlo.)
ROMAN. (Quitándose el chaquet.) Sí, á fe.
¿No estaba usted cuando entré
aquí en mangas de camisa?
Pues bien, lo que usted ha hecho
tambien lo puedo yo hacer.
LEON. Canario!
ROMAN. Digo!... ¡á no ser
que usted tenga más derecho!...
LEON. Lo que es derecho, eso no,
pero yo estaba calado.
ROMAN. Pues bien, estando yo helado
bien puedo abrigarme yo.

LEON. Yo soy amigo en la casa
y he podido obrar así.
ROMAN. Yo lo soy tanto, que aquí
obro á mi antojo y sin tasa.
LEON. Yo aspiro al lazo nupcial.
ROMAN. ¡Al lazo nupcial! Con quién?
LEON. Con Adela.
ROMAN. (Con aplomo.) Ah! ya! Muy bien:
Pues es usted mi rival
LEON. (Asombrado.) Cómo rival?
ROMAN. Por lo visto:
¡si usted la quiere!...
LEON. La quiero.
ROMAN. (Con aplomo.) Pues entónces, caballero,
somos hermanos en Cristo.
LEON. Se burla usted? (Amostazado.)
ROMAN. No por Dios,
le cuento á usted lo que pasa.
LEON. Entónces en esta casa (Vivamente.)
sobra alguno de los dos.
ROMAN. (Con mucho aplomo.) Sobra usted.
LEON. (Cargado.) Yo? Señor mio!
eso se ventila...
ROMAN. (Con sorna.) Justo!...
¿pretende usted darme un susto
proponiendo un desafio?
Hombre, no sea usted melon!
LEON. (Indignado.) Cómo melon?
ROMAN. Melon digo.
¿Porque usted riña conmigo
obtendrá su corazon?
Celos, riñas y furores
¿qué tienen aquí que ver?
Lo que nos cumple saber
es quien logra sus favores.
Si usted ha obtenido más
hasta aquí, muy buen provecho,
le cederé mi derecho,
y me largaré además.
¿No es esto más justo?
LEON. (Resuelto.) Sí.
ROMAN. Pues hable usted, que oigo atento.

LEON. Bueno, tome usted asiento. (Le ofrece silla.)
ROMAN. (Ap.) ¿Qué voy á saber aquí?
LEON. Yo vengo aquí noche y dia
como usted vé.
ROMAN. Ya lo veo.
LEON. Salimos siempre á paseo...
ROMAN. (Vivamente.) Solos?
LEON. Siempre!
ROMAN. (Ap. enjugándose la frente.) ¡Ave María!
siga usted.
LEON. Y así los dos
unidos en doble lazo,
echamos siempre del brazo,
por esos trigos de Dios.
ROMAN. (Alarmado.) ¿Por los trigos?
LEON. Es decir,
por el jardin sin testigos.
ROMAN. (Respirando.) Ah ya!... ¡Eso de los trigos
era mucho conseguir!
y la habla usted?...
LEON. De poesía,
de artes!...
ROMAN. (Con gravedad cómica.) Eso es muy sano!...
LEON. (Con misterio.) Y ayer la cogí una mano
y la retuve en la mia.
ROMAN. (Vivamente.) ¡Ah canario!... Y la apretó?...
¿La apretó mucho?
LEON. No; pero...
ROMAN. (Respirando.) Ah ya!—Entónces, caballero,
llevo á usted ventaja yo.
LEON. (Sorprendido.) Cómo!
ROMAN. No miento jamás;
yo una vez cogí su mano,
y la apreté, y no fué en vano,
que ella apretó mucho más.
LEON. (Desconcertado.) ¿De veras?
ROMAN. Doy testimonio.
LEON. (Receloso.) ¿No forja usted un enredo?
ROMAN. Mire usted en este dedo
su anillo de matrimonio.
(Enseñándole uno que lleva.)
LEON. (Desconfiado.) Eso es grave!

ROMAN. (Sacándolo y mostrándoselo.) ¡En él están
unidos por una flecha
sus nombres!... ¡lea usted la fecha!...

LEON. (Leyendo por dentro del arco.)
Abril.—Adela á Roman.

ROMAN. (Con aire de triunfo.)
Eh?—¿qué tiene que decir?
¿Es esta prueba dudosa?

LEON. (Desconcertado.) No señor.

ROMAN Pues á otra cosa,
ya puede usted proseguir.—
¿Ha obtenido de su trato,
demostracion más ufana?

LEON. (Picado.) No señor; pero mañana
pienso obtener su retrato.

ROMAN. (Alarmado.) Eso es algo.

LEON. (Con calor.) Sí, señor,
mañana es mi santo, y creo
que abriga el dulce deseo
de mostrarme en él su amor.

ROMAN. Claro, ¡si se lo ha ofrecido!...
seguro!... ¡no hay más que ver!

LEON. (Con fatuidad.)
¿Para quién pudiera ser,
no viviendo su marido?

ROMAN. (Vivamente.)
Ah!... ¡qué demonios... ¡ya estoy!...
tampoco en esta me gana;
si á usted se le da mañana,
á mí me lo ha dado hoy.
(Movimiento de Leon.)

LEON. Imposible!

ROMAN. ¡Mala peste!
¿cree que de engañarle trato?
Si usted conoce el retrato,
mire usted si acaso es este.
(Lo saca y se lo enseña.)

LEON. El mismo que yo he traido!... (Asombrado.)

ROMAN. (Con sorna.) Pues es un bello trasunto!...
Conque vamos á otro asunto,
que en este está usted vencido.—
Logremos al fin saber

á quién lleva el diablo en coche!...
(Aproximándose con más curiosidad.)
De noche... vamos... de noche,
¿qué hace usted, vamos á ver?—
Siempre el silencio es propicio;
la soledad da valor...
¿no es verdad?

LEON. (Con aplomo.) Sí, sí señor.
(Cargado y ap.) ¡Te voy á sacar de quicio!

ROMAN. (Alarmado.) Hágame usted la merced
de decirme lo que ha hecho.

LEON. Lo que es de noche aprovecho
lo que puedo.

ROMAN. (Desconcertado.) Sí, ¿eh?—Hable usted.

LEON. ¡Sofía se va temprano
á dormir!

ROMAN. (Ap., irritado.) Torpe... ¡no cela!

LEON. Yo me quedo con Adela,
que toca y canta al piano.—
Y entónces... ¡qué instante aquel!...
¡qué aroma exhala su boca!

ROMAN. (Asombrado y retirando la silla.)
¿La besa usted?

LEON. (En tono respetuoso.) No, ella toca,
y yo la vuelvo el papel.
Y como estamos los dos
tan próximos... tan unidos...

ROMAN. (Casi desvanecido, ap.)
Jesus!... ¡siento unos vahidos!
(Impaciente.) hombre, siga usted, por Dios.

LEON. Siento entónces hasta el roce
de su aliento sobre mí;
y así estamos, ¡siempre así!
hasta que suenan las doce.
Que entónces...

ROMAN. (Ap., desfallecido.) Perdido soy!...

LEON. Ella amorosa me mira, (Con deleite.)
se levanta... y se retira...

ROMAN. (Haciendo ademan de seguirla.)
Y usted... la sigue... y...

LEON. Me voy.

ROMAN. ¿Á casa? (Con gran ansiedad.)

LEON. Claro!

ROMAN. (Respirando.) Ah!... creí!...
(Se limpia el sudor de la frente.)

LEON. Qué tiene usted?

ROMAN. (Volviendo á respirar.) Nada tengo!...
(Levantándose satisfecho.)
Pues señor, cuando yo vengo
me quedo á dormir aquí.

LEON. (Lo mismo, pero irritado.)
¿Cómo á dormir?

ROMAN. (Con mucho aplomo.) Sí, señor,
á dormir. (Ap.) Le haré que brame.

LEON. (Estallando en cólera.)
Caballero, eso es infame,
y es usted un impostor.

ROMAN. ¿De veras? (Con mucha alegría.)

LEON. (Asombrado.) Esta es mas negra!...
¿le trato á usted de falsario,
y no se ofende?...

ROMAN. Al contrario,
si eso me alegra!...

LEON. (Colérico.) Oh!... ¡se alegra!...

ROMAN. Siga usted. (Apartando las sillas.)

LEON. (En el colmo de la ira.) ¿Pues no hace alarde
de su vileza?... ¡Esto exalta!

ROMAN. Hombre, bien!... ¡sólo hace falta
que me llame usted cobarde!
(Se pasea con alegría.)

LEON. (Siguiéndole amenazador.)
Pues si la injuria rechazo
y por infame le doy,
¿quiere usted más?...

ROMAN. (En el colmo de su satisfaccion.) Oh! ¡si estoy
por dar á usted un abrazo!

LEON. ¡Á una señora ofender,
que de su honor es esclava!...

ROMAN. (Le abraza riendo.)
Bravo!... así!... ¡Y yo que dudaba
del honor de mi mujer!

LEON. (Suspenso y absorto hasta agarrarse á una silla.)
¿Su mujer?...

ROMAN. (Con misterio.) Hable usted quedo!

LEON. ¡Su mujer!... (Alzando más la voz.)
ROMAN. (Loco y riendo.) Ahora me rio!...
LEON. Su mujer!... (Tambaleándose.)
ROMAN. (Respirando.) Amigo mio,
¡me ha infundido usted un miedo!...
(Reparando en su estado.)
Mas qué es eso?
LEON. No lo sé!...
Esto me aplasta y me humilla!...
(Desfallecido.) Oh!... deme usted una silla,
que no puedo estar de pie.
ROMAN. Tome usted!... mas álguien viene,
cállese usted, por favor!
LEON. Hombre, ¿qué he de hablar?
(Ap., desesperado.) Horror!
¡me ha tratado como á un nene!
(Se sienta pensativo.)

## ESCENA XVIII.

DICHOS, MARTA, que se dirige al cuarto de Sofía.

MARTA. (Ap.) Un hombre en bata!.. ¿Qué es esto?...
ROMAN. Eh!... chica!... (Llamándola.)
MARTA. (Volviendo.) Qué es lo que pasa?
ROMAN. Eres de casa?
MARTA. De casa.
ROMAN. La doncella?
MARTA. Por supuesto.
ROMAN. Y tu ama?
MARTA. En el confin
del parque... ¿quiere usted verla?
ROMAN. (Deteniéndola.)
No, mejor es sorprenderla;
está bien en el jardin!
Y su sobrina?
MARTA. Sofía?...
salió por la otra escalera!
ROMAN. Búscala y dí que la espera
el marido de su tia.
MARTA. Cómo!... usted!... ¡sin avisar!
ROMAN. (Interrumpiéndola y empujándola.)

Anda, pon mi órden por obra:
ya tendrás tiempo de sobra
de poderme saludar.

MARTA. Caramba! ¡Á haberlo sabido!...

ROMAN. No digas nada á mi Adela,
¿estás?

MARTA. No hay cuidado!

ROMAN. (Despidiéndola.) Vuela.

MARTA. (Ap , saliendo.)
Pues es guapo este marido!

## ESCENA XIX.

ROMAN, LEON, levantándose y poniéndose á pasear.

ROMAN. (Acercándose á Leon.)
Hombre!... ¡qué cara de suegro
tiene usted!...

LEON. (Levantándose con ira concentrada.)
Estoy cargado!...
¡Que Adela me haya tratado
como no se trata á un negro!—
No decirme en confianza
que estaba casada!... ¡Horror!...

ROMAN. (Riendo.) Eh, calma! (Queriendo detenerle.)

LEON. (Deteniéndose.) Quiá!... no, señor,
¡si esto pide una venganza!

ROMAN. Cómo!... (Alarmado.)

LEON. ¡Prenderme en la red
de aquel encanto apacible!
¿No es para odiarla? (Cargado.)

ROMAN. (Con gravedad cómica.) ¡Es horrible!
hombre, aborrézcala usted.

LEON. Sí, señor. (Paseando.)

ROMAN. ¡Es buena idea!

LEON. ¡Quisiera humillarla aquí!...

ROMAN. No me opongo: duro, así,
llámela usted tonta y fea.

LEON. (Deteniéndose.)
¡Canario!... ¿fea?—Eso no,
no tiene gracia maldita;
(Con vaguedad.)

fea!... ¡Pues si es más bonita!...
(Con calor.) Pues por qué la adoro yo?...

ROMAN. (Un poco cargado.)
Hombre, no hable usted así;
ya ve usted que es algo fuerte
expresarse de tal suerte
estando el marido aquí.

LEON. Tiene usted mucha razon;
perdone usted, yo estoy loco;
pero ayude usted un poco,
¿qué hago yo en esta ocasion?

ROMAN. Oh!... yo que usted la diria...
si es que mi consejo toma...
—«Señora, basta de broma,
yo vengo aquí por Sofía.»

LEON. Eso me parece bien!

ROMAN. Conque salgamos del paso:
démela usted, y me caso,
hoy mismo, en un sancti-amen.

LEON. Eso es grave, señor mio;
¡casarse á trompa y talega!

ROMAN. Eh! ¿qué importa?

LEON. Y si se niega?

ROMAN. Pues qué, ¿no soy yo su tio?

LEON. Sí; pero hacerlo en el dia...

ROMAN. Mejor; las cosas de pronto.

LEON. Hombre... (Receloso.)

ROMAN. No sea usted tonto:
silencio; aquí está Sofía.

## ESCENA XX.

DICHOS, SOFÍA corriendo á abrazarle.

SOFIA. Qué inmensa satisfaccion!
Despues de tan largo plazo,
¡tú aquí!

ROMAN. Sí, venga un abrazo!...
(Mirando á Leon.)
Bien, chico, tienes razon.
Es muy bonita!

SOFIA. (Con intencion y vivamente.) Oh!... no tal!

Si tuviera el pelo negro!...

LEON. ¡Ya me tutea! (Ap., asombrado.)

ROMAN. (Mirando á uno y á otro.) Me alegro;
¡sois los dos tal para cual!...
¡linda pareja!

SOFIA. ¿Qué dices?...

ROMAN. (Riendo.) Nada, que estoy satisfecho.

ROMAN. No os quereis? pues buen provecho;
que Dios os haga felices.

SOFIA. Ah!... (Suspirando con pena.)

ROMAN. ¿Qué indica ese suspiro?
¿Dudas de su afecto?

SOFIA. (Avergonzada.) Oh! sí!...

ROMAN. ¡Pues si dice que por tí
es capaz de darse un tiro!
(Á Leon.) No has dicho eso?

LEON. (Sin atreverse á negar.) Es verdad.

ROMAN. Entónces... ¿no anda derecho? (Á Sofía.)
(Á Leon.) Ah, ya sé; tú la habrás hecho
alguna barbaridad.
¿No es eso?—¡Siempre fuguillas!

LEON (Ap.) Vaya un hombre trapalon!

ROMAN. Vamos, pídela perdon,
ponte á sus piés de rodillas.

SOFIA. No es para tanto!

ROMAN. (Con calor.) Sí es;
quisquillas y á tales horas!
(Con calor á Roman.)
Hombre, dila que la adoras,
póstrate humilde á sus piés.

LEON. (Titubeando.) Pero...

ROMAN. ¡Voto á Belcebú!
¿habré de rogarte en vano?
(Obligándole á arrodillarse.)

LEON. (De rodillas.) Sofía...

ROMAN. (Á Sofía.) Dale la mano,
(Leon da la mano á Sofía, que la toma.)
(Á Sofía.) y ahora perdónalo tú.

LEON. (Suplicante.) ¡Sofía!

SOFIA. (Se dan las manos.) Leon!...

ROMAN. (Satisfecho.) Así:
(Se levanta Leon.)

*tableau!* ¡cuadro extraordinario!
Ahora, á buscar un notario,
que hoy mismo os casais aquí.

LEON. (Asombrado.) Pero...

ROMAN. (Metiéndolo á barato.) No hay que replicar.

SOFIA. Pero Roman.., ¿qué capricho?...

ROMAN. Nada, así, lo dicho dicho,
hoy mismo os quiero casar.
Así tendreis más sosiego
y no armareis otra riña:
conque (Á Leon.) saluda á esta niña;
(Tomándolo del brazo.)
(Á Sofía.) lo traeré pronto, hasta luego.

SOFIA. (Ap.) Mira que me causa empacho.

ROMAN. Eh!... calla.

LEON. (Ap. á Roman.) ¿Qué prisa es esta?

ROMAN. Calla y ven. (Ap. saliendo.) ¡Lo que me cuesta
anular á este muchacho!
(Salen por el fondo. Leon atortolado y sin sombrero.)

## ESCENA XXI.

SOFÍA, ADELA, saliendo de su habitacion.

ADELA. (Entrando impaciente.)
Jesus! qué inquietud!... ¡qué afan!
no estoy bien en parte alguna.

SOFIA. Ay Adela!... ¡qué fortuna!
ha llegado tu Roman.

ADELA. Sí, lo sé: ¿mas dónde ha ido?...
¿Dónde está Leon?... ¡Por Dios!
contesta pronto. (Suplicante é impaciente.)

SOFIA. (Asombrada.) Los dos
de aquí ahora mismo han salido!

ADELA. (Vivamente.) ¿Se irán á batir?

SOFIA. No á fe,
¡si están en gran armonía!

ADELA. Oh!... no lo creas, Sofía,
van á batirse, lo sé.

SOFIA. Pero por qué? No hay razon... (Alarmada.)

ADELA. Si que existe, y no es escasa!
Roman piensa que á esta casa
viene por mi amor Leon.
Ya ves que es fuerza apartar
de él tan ruin pensamiento!...

SOFIA. Cómo!

ADELA. (Casi desesperada.) Escribe en un momento
á Leon.

SOFIA. (Se sienta á escribir confusa.) Puedes dictar.

ADELA. (Dictando.) «Venga usted sin dilacion
»y deponga usted su enfado;
»conozco que le he tratado
»con poquísima atencion.
»Hágame usted la merced
»de desterrar sus enojos.
»¿No ha visto usted en mis ojos
»que estoy muerta por usted?»

SOFIA. Ah!... ya entiendo. (Con naturalidad.)
(Soltando la pluma.) No prosigo.

ADELA. ¿Cómo que no?

SOFIA. (Con gozo infantil.) No, por Dios,
¡si estamos en paz los dos!
¡si hoy se va á casar conmigo!

ADELA. ¿Qué dices? (Sorprendida.)

SOFIA. ¡Ya lo verás!
¡si ha habido aquí una batalla
de explicaciones...

ADELA. (Adivinando.) Sí? ¡Calla!...
pues ya entiendo lo demas.
(Ap.) —Roman recela de mí,
y el otro de mis rigores.—
(Riendo.) Querrá vengarse!... Ah, señores,
veremos quién juega aquí.

LEON. (Fuera.) Hombre, no sea usted cruel!
si he salido sin sombrero!...

SOFIA. Ya vuelve!...

ADELA. (Apresurada.) Vete, que quiero
hablar á solas con él.

SOFIA. (Alarmada.) Á solas?

ADELA. (Ofendida.) ¿Dudas de mí?

SOFIA. (Con cariño.)
Líbreme Dios!... voy corriendo!...

(Saliendo.)
—¿Qué será?... vamos, no entiendo
lo que está pasando aquí.
(Entra y aparece Leon.)

## ESCENA XXII.

ADELA, afectando rubor; LEON, un poco cortado.

LEON. (Entrando y deteniéndose.)
Canario! Á haberlo sabido,
no hubiera venido ahora!...
ADELA. Ah! ¿es usted, Leon?...
LEON. ¡Señora!...
ADELA. Adelante.
LEON. (Ap.) Estoy cohibido.—
Confieso á usted francamente,
Adela, que estoy cortado.
ADELA. (Con cierto empacho y reconviniendo con cierta ternura.)
Sí, confiese usted que ha estado...
LEON. ¡Ridículo!...
ADELA. (Con coquetería.) No, imprudente.
(Con intencion.) Estando en casa un marido,
quién habla de tal manera?...
LEON. (Ap., asombrado.)
Oh!... ¿qué es esto?... bueno fuera!...
¡Si usted me hubiera advertido!...
ADELA. Y cómo?... presa en la red,
que á los dos nos envolvia,
forzosamente, debia
ser muy dura con usted!
LEON. (Ap.) Canario!
ADELA. (Con insinuante afecto.) No haya quimera,
y perdone usted mi exceso!...
LEON. (Sin saber lo que dice.)
Estuvo usted...
ADELA. Yo confieso
que fuí con usted severa.
LEON. (Ap.) Ay, qué miradas me ensarta!...
Esto es hecho!...
ADELA. Conque así,
perdone si dura fuí,

y lea usted esa carta.

LEON. Eh! qué? (Tomándola aledado.)

ADELA. (Con intencion.) Obre como yo,
y de discreto presuma,
que siempre dice la pluma
lo que el vergonzoso no.
(Entra en el cuarto de Sofía.)

## ESCENA XXIII.

LEON, despues de verla salir.

Sepamos qué dice aquí!...
(Leyendo rápidamente.)
(Con entusiasmo.) Oh, fortuna encantadora,
¿Pues no dice que me adora,
y que está muerta por mí?
Oh, ventura!... (Conteniéndose.)
¿Mas qué digo? (Desalentado.)
¡si esto, á fe, no tiene nombre! (Pensativo.)
¿Cómo falto yo á ese hombre,
que es su esposo, y ya es mi amigo?—
Y Sofía?... ¡otra que tal!...
¿Cómo salgo de este aprieto?
¡Diablo, en qué cosas me meto!
¡Soy el mayor animal!—
(Se pasea precipitadamente.)
¿Quién hace á Adela un desaire,
y la pega á la pared?

## ESCENA XXIV.

LEON, ROMAN desde la puerta.

ROMAN. Pero Leon, ¿qué hace usted?...

LEON. (Asustado.) Oh!... nada!... ¡tomaba el aire!

ROMAN. Sin duda usted ha olvidado,
que yo le aguardaba allí...
(Reparando su turbacion.) Pero qué sucede aquí
que está usted tan alterado?

LEON. Alterado?... ¡Puede ser! (Alelado.)

ROMAN. ¡Si hasta la voz tiene ahogada!

LEON. (Cargado.) Bien, sí señor, más no es nada
que deba usted conocer!
ROMAN. Que no deba!... ¿Cómo no?...
(Con calor.) ¡esto de la raya pasa!
¿Conque no debo en mi casa
lo que ocurre saber yo?
LEON. Pero qué quiere saber
si no le importa!...
ROMAN. (Alarmándose y conteniéndose.) ¡Por Cristo!
Ah ya lo sé; usted ha visto
y ha hablado con mi mujer.
LEON. (Vivamente.) Quiá, no señor
ROMAN. (Alarmado.) Sí señor.
LEON. (Calorosamente.) Digo que no, señor mio!...
ROMAN. (Riendo.) Yo digo que sí, y me rio
de su asombro y estupor.
LEON. (Alarmado.) Hagáme usted la merced
de decir lo que adivina.
ROMAN. (Riendo.) Si eso cualquiera lo atina!
que lo ha despreciado á usted.
LEON. Sí ¿eh? (Picado.
ROMAN. ¡Le habrá hablado recio! (Con mofa.)
Quizás le habrá despedido!...
LEON. (Sin poderse contener.)
Señor! ¡que no haya marido
que no tenga algo de necio!...
ROMAN. Hombre, ¡qué barbaridad!
Eso no reza conmigo.
LEON. Merece usted un castigo
por su loca fatuidad.
ROMAN. (Alargando.) Demonio!... ¡tal expresion!
LEON. (Riendo.) Ahora soy yo el que me rio!
ya puede usted, señor mio,
volverse á la emigracion!...
ROMAN. ¿Qué está usted diciendo?
LEON. ¡Así!
En esta carta. (Mostrándola.)
ROMAN. (Tomándola desesperado.) Ah traidora!...
dice en ella...
LEON. (Muy satisfecho ) Qué me adora!
ROMAN. Oh! (Abriéndola presuroso.)
LEON. Que se muere por mí!

(Ap.) ¡Chúpate ese nuevo susto?
anda, aguanta y no hagas caso!

ROMAN. (Despues de leer, se rie á carcajadas.)
Hombre!... usted á cada paso
me proporciona un disgusto!...
Adela!...

LEON. (Asustado.) ¿Pues, qué vá á hacer?

ROMAN. No tema usted!

LEON. (Queriendo calmarle ) Yo reclamo!...

ROMAN. Hombre ¿no ve usted que llamo
muy tranquilo á mi mujer!

## ESCENA XXV.

DICHOS, ADELA, SOFIA.

ADELA. ¿Qué quieres?

ROMAN. Venid aquí!...
(Á Adela.) ¡Te has desquitado con creces!

ADELA. (Riendo.) Confiesa que lo mereces
porque has dudado de mí.

ROMAN. Sí, confieso el *yo pequé,*
mas otra vez, hija mia,
si vuelve á escribir Sofia
(Dándosela á Adela.)
que ponga su firma al pie.

LEON. Qué!... Esa carta!... (Asombrado.)

ADELA. Sí señor,
¡es suya!

LEON. (Avergonzado.) ¡Dios soberano!

ROMAN. (Á Sofia.) Anda, dale tú la mano
y no le guardes rencor.

SOFIA. Si versos no escribe más...

LEON. Qué!... yo escribir más pamemas!

ADELA. (Á Roman.) No emigres tú!...

ROMAN. (Vivamente.) No, no temas,
no vuelvo á emigrar jamás.
Y de mi amor te prometo
tan públicos testimonios,
que es cosa de los demonios
UN MATRIMONIO SECRETO.

FIN.

POLIZA N. 14·37